

La Criatura

Betanzos, Claudia

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Cuento

Cuento

La criatura pronto visitaría la metrópoli y su población ya estaba lista para su llegada. Era habitual que este ser bajara de entre los luminosos rascacielos para llevarse a una mujer joven, a cambio, no se llevaría a nadie más y dejaría a la ciudad alumbrada durante un tiempo. Esa noche, era la primera vez que yo participaría, pero mi abuelo, quien ya había presenciado el acto en varias ocasiones, me contó que era una criatura piadosa a la que era mejor no desobedecer. Me dijo que no le gustaba estar sola, y que era un ser de luz que dedicaba su tiempo a buscar jovencitas y visitar otras ciudades. Cuando por fin bajó, comenzó a caminar entre las casas y las calles, la muchedumbre apenas me dejó ver su silueta a contraluz. Sus movimientos brutos, aunque refinados, me hicieron notar que era cautelosa y precavida, enorme e imponente. Comenzó a decir unas palabras con un matiz hechizante y me di cuenta de que aquellas encantaban tanto a hombres como a mujeres. Uno de mis vecinos, el más viejo y enfermizo, se le acercó para pedirle que llenara su cuerpo con destellos, pero la criatura lo alejó de inmediato. Otra mujer, comenzó a implorarlo, para que a sus hijos los cargara de energía, pero también fue ignorada. Iría casa por casa, familia por familia, para llevarse consigo a la próxima mujer joven que alejaría la oscuridad de nuestras vidas. ¿Por quién vendrá esta vez? Le pregunté a mi abuelo, pero pareció no escuchar. Le pregunté lo mismo a la muchacha de mi edad que estaba al lado, quien con una sonrisa me miró de pies a cabeza y se marchó con la multitud. La temperatura cada vez bajaba más, podía

sentir el frío en todo mi cuerpo. Mi abuelo me tomó de la mano y fuimos a casa. Pronto, la criatura tocaría a nuestra puerta, y mi familia y yo debíamos estar allí para recibirla con reverencia.

Al llegar, mi madre había preparado un banquete donde había de todo; carne de cerdo en salsa verde, verduras cocidas, arroz, pan blanco y bebidas. Nunca habíamos comido todo de una vez. Mi padre, metió su mano a su bolsillo y en forma de regalo, me colocó tembloroso una pulsera de plata en la muñeca. Aquel ente no llevaba mucho tiempo en la ciudad y todo parecía más hermoso, tan hermoso como la luz incandescente que calentaba bajo el techo. De pronto, a media cena, tocaron a la puerta. Fue mi hermano mayor quien abrió. Era la criatura, la vi de reojo, y otra vez el frío no solo comenzaba a invadir mis extremidades sino también mi interior. Me agaché como todos. Pude ver los pies de mis familiares, todos parecían tener miedo. La criatura iluminó toda la casa, no había ni un solo hueco que se le escapara. Entonces lo supe. Quise correr, pero entre lágrimas mis padres me sostuvieron, ni el abuelo ni mi hermano se opusieron. “Te *queremos*”, fue lo último que escuché.

Ahora sé que se puede vivir apagado. Desde que la criatura me alejó de mi hogar, mis días han sido sombríos y el frío ya no se va. En la metrópoli todo debe seguir igual, la gente no temerá a la noche por un tiempo. De aquella ciudad que pronto se olvidó de mí, extraño su calidez.